

«Paco Yunque» y «El vencedor»: la infancia y el colegio recuperados

Jorge Eslava

¡ ... qué viejo nuestro dos en el cuaderno!
César Vallejo

Se ha disertado y escrito abundante sobre el genial César Vallejo, en especial sobre su poesía y en estos tiempos de homenaje, pero aún no lo suficiente. Tirios y troyanos alaban su obra poética y reconocen su magisterio en la poesía hispanoamericana contemporánea, pero escasa atención ha suscitado hasta ahora su prosa de ficción y su dramaturgia. Es verdad que últimamente, a la luz de nuevas publicaciones, la narrativa y el teatro de Vallejo han despertado interés. Estudios recientes de Antonio Cornejo Polar, Carlos Eduardo Zavaleta y Guido Podestá así lo demuestran.

Contó en cierta ocasión José María Arguedas que su lectura de *El tungsteno*, realizada en el patio de letras de San Marcos y de un solo tirón, determinó su vocación de narrador. Cabría preguntarse si esta novela indujo a otros escritores a abrazar una narrativa sujeta a la emoción social y política, cuestionadora de las leyes inmorales y antiéticas que pretenden regir nuestra humanidad. Interrogante imperiosa que nace de nuestra lectura de dos cuentos, «Paco Yun-

que» y «El vencedor», que abordan con penetrante agudeza el mundo infantil en su ámbito recíamente formativo que es la escuela.

Desde las teorías marxistas¹ hasta los más novedosos estudios del psicoanálisis y la pedagogía², pasando por la férrea posición anarquista³, coinciden en sostener el rol determinante que juega la escuela como reproductora de las coordenadas sociales y políticas que caracterizan a una nación, y de otro lado como constructora de una personalidad individual marcada por el intelecto y los valores consecuentes al orden social representado. Lo que debiera ser el espacio que funda la identidad personal en armonía con los otros, ha devenido en raíz y consecuencia de los males de la sociedad.

Vallejo pareció advertir este fenómeno y aunque no escribiera sobre esta materia educativa en ninguna de sus crónicas ni ensayos, legó a sus lectores los cuentos mencionados cuya correspondencia obliga a un estudio comparativo. En ambos se muestran correctamente los rasgos psicológicos del niño en su segundo periodo de la infancia, tensa en ambivalencias e incipiente búsqueda de autonomía, cercada y dominada por la estructura discutible de la escuela.

El tema del colegio en el campo de nuestra narrativa no es del todo novedoso. Un par de tradiciones de Ricardo Palma y un relato

-
1. «Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela...». «Manifiesto del Partido Comunista». En *Marx-Engels. Obras escogidas*. Moscú, Editorial Progreso, s/f, p. 47.
 2. «La educación verdadera es una fuerza social básica. Las presentes estructuras sociales sucumbirán ante una población educada, aunque los educandos sólo constituyan una minoría sustancial. Obviamente lo que aquí se cuestiona es algo más que una simple escolarización. Se escolariza a la gente con el fin de que acepte una sociedad. Se la educa para crear o recrear una sociedad». En Everett Reimer. *La escuela ha muerto*. Barcelona, Barral Editores, 1973, p. 155.
 3. «Los primeros pensadores anarquistas... consideran que la educación es el factor principal de la transformación social y el medio más importante para llegar a una sociedad sin Estado... La revolución no puede darse sin una cierta conciencia revolucionaria, lo cual implica un mínimo de instrucción y educación. He aquí por qué Bakunin insiste al mismo tiempo en la necesidad de educar a las masas y de transformar las iglesias en escuelas de la emancipación humana...». En Angel Cappelletti. *La ideología anarquista*. Barcelona, Editorial Laia, 1985, pp. 13 y 14.

de Manuel González Prada parecieran haber desbrozado el terreno para llegar a la magistral novela poemática *La casa de cartón* de Martín Adán, en 1928, que aunque aborda la escuela en forma colateral lo realiza con penetrante y afectuosa ironía. Recordemos que ya tenía Europa dos magníficas novelas publicadas sobre el tema: *Las tribulaciones del estudiante de Törless*, en 1906, y *Retrato del artista adolescente*, en 1916.

Posteriormente han aparecido diversos cuentos peruanos, en especial el sorprendente y conmovedor «Una figurilla» (1948) de Carlos Eduardo Zavaleta, donde la preocupación social y psicológica teje las relaciones entre la realidad adversa de la escuela y el sensible mundo infantil/ adolescente, cuya vulnerabilidad equivale a un signo de gravitante trascendencia.

Previamente a la revisión de «Paco Yunque» y «El vencedor», conviene recordar la evocación que escribió de manera entrañable Ciro Alegría, de quien Vallejo fue profesor en el Colegio de Trujillo. Sintomático para comprender el conocimiento vivencial de Vallejo dentro del aula escolar, en el primero de primaria y con un salón compuesto de alumnos de diversas procedencias, cuya memoria sin duda plasmará en estos dos cuentos. En «El César Vallejo que yo conocí», publicado en 1944, Alegría cuenta su viaje de la sierra norte a la costa de Trujillo, dejando en la hacienda natal a sus padres y la vida de niño campesino que tuvo con la intención de iniciar sus estudios escolares. Siendo un niño de campo, el primer contacto con el colegio lo desconcierta y perturba, lo inhibe y atemoriza —idéntico al estado de Paco Yunque que veremos más adelante—, porque él «no sabía nada de las pequeñas mañas de los chicos» y «estaba muy azorado y el bullicio que armaban todos ... (lo) aturdía». Encontrará de inmediato en su profesor un alma noble y bondadosa, un ser distinto al resto de los adultos de la escuela, una persona de «tristeza inacabable» y «largos silencios», «grande de melena y cetrina tez» cuya cabeza «resaltaba claramente entre ... tanta luz y entre tanta cabeza sin carácter». Un diálogo reproducido por Alegría agregará un elemento de conflicto, motor esencial en la narrativa social del poeta:

Uno de mis compañeros manifestó que su padre afirmaba que Vallejo no era nadie, ni siquiera como poeta...

-¿Y qué? Es profesor y eso es bueno.

-¿Crees que ser profesor es una gran cosa? Y todavía ser el último profesor de un colegio, el de primer año...

Un «muertodehambre».

Recién comencé a darme cuenta del desdén con que se mira a los profesores en el Perú. El chico que hablaba era miembro de una de las grandes familias de la ciudad e hijo de un médico famoso. Estaba muy pagado de todo y para apabullar al pobre profesor, dijo:

-Ni siquiera como poeta sirve... mejor es Chocano. Es lo que dice mi padre, que sabe lo que habla.

«Paco Yunque»

Cuento publicado en 1951⁴, dos décadas después de su composición –según versiones de Georgette de Vallejo⁵ y André Coyné⁶– y ex profeso para la editorial española Cenit que rechazó publicarlo arguyendo que se trataba de un cuento «demasiado triste» para estar dirigido a un público infantil. Sin embargo, nuestras antologías para niños han recogido con frecuencia sus páginas en los últimos años, aunque sigue siendo un tema polémico entre maestros, rechazado y defendido por su evidente sesgo tendencioso, que lo llevó en determinado momento a ser excluido de los textos escolares como ocurrió con «El sueño del pongo», de José María Arguedas.

Lo cierto es que «Paco Yunque» no ha merecido mayor aprecio por la crítica, salvo de parte de aquellos que sólo han querido ver el aspecto político y exaltar el perfil revolucionario del poeta, desestimando que en su conciencia subversiva fecundan otros logros importantes. Inobjetablemente el carácter del cuento está im-

4. Revista *Apuntes del hombre*. Año 1, Nº 1, Lima, julio de 1951.

5. Georgette de Vallejo. «Apuntes biográficos sobre César Vallejo». En *César Vallejo. Obra poética completa*. Lima, Mosca Azul Editores, 1974, p. 380.

6. André Coyné. *César Vallejo*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1968, pp. 283-284.

pregnado de un ánimo ideológico, de una necesidad por retratar a través del microcosmos de una escuela la estructuración social con sus normas y valores, que correspondían entonces al compromiso ideológico de Vallejo con el marxismo.

1.

La historia de Paco Yunque es la de un niño de campo, extirpado de su medio para ir a vivir con su madre a la ciudad, como sirvientes en casa del señor Dorian Grieve que es un inglés poderoso, gerente de los ferrocarriles de la «Peruvian Corporation», alcalde del pueblo y padre de Humberto. Paco deberá ser «el muchacho» de Humberto, compañía sumisa en los juegos y la escuela.

El cuento precisamente se inicia con la llegada de Paco Yunque al colegio, acompañado sólo de su madre. En medio del desequilibrio emocional del protagonista —provocado por el impacto de las correrías y el griterío de los muchachos, la solemnidad del aula y el profesor—, se le asigna como compañero de carpeta a un niño de su misma edad llamado Paco Fariña. Con retraso llegará Humberto Grieve, quien no acepta la tibia amonestación del profesor y se empeña en adueñarse de Paco Yunque. Rechazado por Fariña y el resto de compañeros, Humberto Grieve espera la salida al recreo para vengarse. Con violencia cobra la resistencia involuntaria de Paco Yunque y arranca, luego, la hoja su ejercicio. De vuelta al aula, Humberto Grieve presenta como suyo el trabajo de Paco Yunque al profesor y obtiene la mejor nota del salón. Es inscrito entonces en el cuadro de honor del colegio, mereciendo la felicitación del profesor y del director, ganando consecuentemente la admiración del grupo que ignora el hurto. Paco Yunque queda, una vez más, humillado y sin más amparo que la solidaridad de Paco Fariña.

2.

La narración está presentada en tercera persona, con un evidente sesgo parcial diluido por una necesidad didáctica de explicar

cada circunstancia. La visión que ofrece el narrador es pretenciosa, en su afán por registrar cada suceso y penetrar en la interioridad de algunos personajes, manifiesta en sus rasgos gestuales y conductuales. El propósito inquisitivo del narrador lo conduce, sin sutilezas, a necesarias rupturas de la linealidad cronológica que rige el cuento.

Veamos unos ejemplos, donde el uso de conjunciones causales tiende a dar respuestas a las interrogantes que, reiteradas y a veces implícitas, plantean determinados pasajes:

Paco estaba con miedo, *porque* era la primera vez que venía a un colegio y *porque* nunca había visto tantos niños juntos.

Paco estaba también atolondrado *porque* en el campo nunca oyó nunca sonar tantas voces...

Paco... luego obedeció, *porque* vio que todos hacían lo mismo.

Ahora le va a pegar, *porque* le estaba enseñando los pufetes.

¿Por qué Paco Yunque le tenía tanto miedo a Humberto Grieve?

Porque este Humberto Grieve solía pegarle a Paco Yunque.

Porque todos le tenían miedo. *Porque* el señor Grieve hablaba muy serio y estaba mandando siempre.

Porque al niño Humberto nadie le hacía nada. Y *porque* el patrón y la patrona le querían mucho al niño Humberto...

Unas líneas del cuento que resultan ilustrativas para demostrar el didactismo que anima al narrador, así como su intromisión en la conciencia evocativa y reflexiva que inquieta a Paco Yunque, son las siguientes en las que aparecen los personajes fundamentales dentro de una estructura de dominación y dependencia, teñidas de un tono de tristeza y temor:

Paco Yunque estaba pensando en su mamá. Después se acordó de la patrona y del niño Humberto. ¿Le pegaría al volver a la casa? Yunque miraba a los otros niños y éstos no le pegaban a Yunque ni a Fariña, ni a nadie. Tampoco lo querían agarrar a Yunque en las otras carpetas como quiso hacerlo el niño Humberto. ¿Por qué el niño Humberto era así con él? Yunque se lo diría ahora a su mamá y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto. Entonces se lo diría a Paco Fariña.

El claro orden de injusticia que muestra el cuento, explícito en las facultades que busca otorgarse el niño Humberto en virtud de su poder económico, da pie para que el narrador enfatice las tropelías de Grieve, sin inhibirse de resquebrajar la unidad espacial y la temporalidad del relato:

Paco Yunque no sabía qué hacer. Le pegaría otra vez el niño Humberto, porque no se quedó con él... Cuando saliera del colegio, el niño Humberto le daría un empujón en el pecho y una patada en la pierna. El niño Humberto era malo y pegaba pronto, a cada rato. En la calle. En el corredor también. Y en la escalera. Y también en la cocina...

¡Los peces en su salón!... ¡Como si fueran pájaros! Era una gran mentira lo que contaba Grieve...

¡Las cosas de este Humberto Grieve! ¡Ya ven lo que estaba pasando por su cuenta! ¡Ahora habrá que ver lo que iba a hacer el profesor...! ¡Y todo por culpa de Humberto Grieve!

Los dos sabían que era Humberto Grieve quien les había pegado y que era un gran mentiroso.

3.

Los personajes componen una estructura social, vertical e inequívoca. Todos ellos como elementos constitutivos de un orden en tensión, de conflicto entre dominadores y dependientes. Cada

uno de los principales cobra carnalidad e interioridad gracias al retrato descriptivo del narrador, cuando no al empleo perspicaz de adjetivos y adverbios. El grupo de alumnos aparece en el registro conductista que de las acciones, como reactivo, desarrolla la historia. Pero el gran protagonista, cuya presencia subrepticia en el cuento pesa más por el precio que por el valor de su personaje, es el padre de Humberto Grieve. Verdadero fantasma de fuego que subyace en el alma del cuento, articulando el andamiaje social.

Grieve ha llegado tarde y no lo castigan. Porque su papá tiene plata. Todos los días llega tarde.

—¡Claro! Porque mi papá tiene mucha plata. Y me ha dicho que va a hacer llevar a mi casa todos los peces del mar. Para mí.

Mi papá puede darles aire en mi casa, porque tiene bastante plata para comprar todo.

En buena cuenta, el señor Grieve podía más que el profesor y que todos.

En esta estructura de avasallaje y sometimiento en la cual se enmarcan los personajes, el narrador enciende la hoguera de la inevitable indignación del lector presentando situaciones comparativas, en correspondencia por oposición, en claro procedimiento dialéctico cuya finalidad es la inferencia de una respuesta rotunda. Basten dos pasajes del cuento para demostrar lo enunciado:

El profesor, al ver a Humberto Grieve, le dijo:

—¿Hoy otra vez tarde?

Humberto, con gran desenfado, respondió:

—Me he quedado dormido.

—Bueno —dijo el profesor—. Que ésta sea la última vez. Pase a sentarse.

... otro alumno, Antonio Geldres —hijo de un albañil—, apareció a la puerta del salón. El profesor dijo:

- ¿Por qué llega usted tarde?
- Porque fui a comprar pan para el desayuno.
- ¿Y por qué no fue usted más temprano?
- Porque estuve alzando a mi hermanito y mi mamá está enferma y papá se fue al trabajo.
- Bueno -dijo el profesor, muy serio-. Párese ahí... Y, además, tiene usted una hora de reclusión.

En la dicotomía dominante / dependiente es posible la clasificación de los personajes: de un lado, conscientes de su función, los adultos representados por el profesor y el director, cuyas autoridades subalternas son administradas por Humberto Grieve. De otro lado, el grupo de niños concentrado en el estrato dependiente y solidario con Paco Yunque, víctima directa de este sistema. Humberto Grieve funciona, entonces, como personaje enlace entre la alienación adulta comprometida con el poder económico y la ingenuidad infantil, desalienada y de resistencia ética.

-No le castigan porque su papá es rico. Le voy a decir a mi mamá...

El profesor lo oyó y se plantó enojado delante de Fariña y le dijo en alta voz:

-¿Qué está usted diciendo? Humberto Grieve es un buen alumno. No miente nunca. No molesta a nadie. Por eso no lo castigo. Aquí todos los niños son iguales, los hijos de ricos y los hijos de pobres. Yo los castigo, aunque sean hijos de ricos. Como usted vuelva a decir lo que está diciendo del padre de Grieve, le pondré dos horas de reclusión. ¿Me ha oído usted?

Los elementos que ofrece el narrador en la presentación de cada uno de los protagonistas, permiten configurar un nítido perfil que apunta a afirmar la función que juegan en el relato. Paco Yunque aparece al inicio como un niño arrojado a un medio desconocido para él, la escuela, sujeto a presiones sensoriales y cuya respuesta instintiva no es otra que la de sentirse absolutamente desvalido: «Paco estaba con miedo», / «..estaba asordado» / «no podía oír nada» / «Paco se pegó más a la pared y se puso colorado»

/ «Al entrar al salón, se puso pálido». / «... le dio miedo a Paco» / «Un remolino se le hacía la cabeza» / «Paco seguía muy aturdido» / «Paco Yunque no sabía...» / «estaba aturdido y se dejaba jalar como un trapo...» / «Paco Yunque tenía ahora más miedo». Esta pasividad instintiva encuentra, a medida que se desarrolla la historia, una variante de carácter reflexivo en la que Paco adquiere, de cara a la situación, una conciencia crítica que acentúa el enfrentamiento social de su condición de segregado contra el medio que Grieve representa: «¡Qué cosa extraña era estar en el colegio! Paco Yunque empezaba a volver un poco de su aturdimiento. Pensó en su casa y en su mamá». / «¿Por qué el niño Humberto era así con él?... y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto...» / «¿Quién era el profesor? ¿Por qué era tan serio y daba miedo? Yunque seguía mirándolo. No era el profesor igual a su papá ni al señor Grieve. Más bien se parecía a otros señores que venían a su casa y hablaban con el patrón» / «Yunque empezó a fastidiarse. ¿A qué hora se iría a su casa?»

El final del cuento nos trae la imagen humillada y sufriente de un Paco Yunque «llorando agachado», ante los imperativos de consuelo que le ofrece únicamente Fariña.

Humberto Grieve, verdadero motor del desajuste, heraldo de una clase social que avasalla con soberbia y prepotencia, es pintado con gruesos pincelazos y tonos duros erigiéndose como un personaje potencialmente adulto y explotador: responde a las preguntas del profesor «con gran desenfado», habla «imperiosamente», «increpa», actúa «violentamente», se pone «colorado de cólera», miente, tira de los pelos de sus compañeros, golpea, se burla y repite, con insistencia, su argumento más poderoso y mezquino:

—Mi papá puede darles aire en mi casa, porque tiene bastante plata para comprar todo.

Seguir el desenvolvimiento de las modulaciones que presenta la figura del profesor es sumamente ilustrativo en este esquema

dicotómico. Al inicio aparece retratado con rasgos firmes, inflexible y sin mayores ángulos que los de una autoridad convencional: «El profesor volvió a su pupitre y, después de echar una mirada muy seria sobre todos los alumnos, dijo con voz de militar: ¡Siéntense!» / «El profesor dejó de escribir y preguntó con voz enérgica». En el curso del relato esta imagen sin fisuras, apodéctica, empieza a mostrar los resquicios de una autoridad servil y, acaso, indeseada por él mismo. El narrador muestra, merced a situaciones concretas donde la justicia y la verdad exigen una respuesta responsable, la mala conciencia que persigue a un profesor titubeante, incómodo, en vías de desmoronamiento moral. En tres ocasiones conflictivas generadas por Humberto Grieve, cuyo rechazo por el grupo de niños es ensordecedor, el profesor no atina sino a mostrar la flagrante debilidad de su carácter y optar por un puñetazo en su pupitre, ordenar silencio y dar la espalda al salón para escribir en la pizarra. Veamos un caso adicional, en el que encontramos al profesor enfrentado a un Grieve que mancilla su autoridad:

El profesor le dijo otra vez a Grieve:

-¡Grieve! ¿Qué es eso?

Humberto Grieve, colorado de cólera, dijo:

-No, señor. Yo quiero que Yunque se quede conmigo.

-¡Déjelo, le he dicho!

-No, señor.

-¿Cómo?

-No.

El profesor estaba indignado y repetía amenazador:

-¡Grieve! ¡Grieve!

El siguiente personaje que revisaremos es, de veras, sorprendente. Se trata de Paco Farifia, el compañero de carpeta asignado a Paco Yunque. El narrador lo presenta como un niño de su misma edad y es quien rápidamente hace migas con el recién llegado. No sabemos más de él que la conducta mostrada en relación directa con Paco Yunque, para afirmar que con él Vallejo incorpora un elemento caro al psicoanálisis: el otro. Paco Yunque y Paco Farifia son dos mitades de una misma esfera. La imagen se aclara si recordamos

la básica separación que establece el psicólogo Carl Jung, respecto a la tipología de la personalidad: los extrovertidos y los introvertidos. Los primeros marcados por la realidad objetiva, la actividad resuelta, la expresión espontánea y emocional; frente a los segundos de preferencias subjetivas, de abstracción, de actividad reflexiva y diferida hasta la pasividad. Paco y Paco encarnan esos tipos, en el que uno no se siente ni se concibe sino como objeto, como otro. Contrarios y complementos, asumen como una unidad escindida idénticas situaciones de injusticia. El yo resignado y dolido de Yunque encuentra su canal de expresión y reclamo en el papel de *alter ego* que cumple Fariña. Visto así, no parece casual la elección de sus nombres, cuyos significados configuran un plano connotativo ideológico bastante claro (Yunque: bloque de hierro que recibe golpes / persona perseverante y paciente / trabajo manual realizado a martillo; Fariña: harina / segar el trigo con la hoz). No hay ocasión cuando la humanidad de Paco Yunque se ve afectada por el maltrato, en que su otro yo –acaso el yo ideal– no eleve su voz:

–Ven a mi carpeta conmigo.

Paco Fariña le dijo a Humberto Grieve:

–No. Porque el señor lo ha puesto aquí.

–¿Y a ti qué te importa? –le increpó violentamente, arrastrando a Yunque por un brazo a su carpeta.

–¡Señor! –gritó entonces Fariña–. Grieve se está llevando a Paco Yunque a su carpeta.

El profesor cesó de escribir y preguntó con voz enérgica:

–¡Vamos a ver! ¡Silencio! ¿Qué pasa ahí?

Fariña volvió a decir:

–Grieve se ha llevado a su carpeta a Paco Yunque.

Humberto Grieve, aprovechando de que no le veía el profesor, dio un salto y le jaló de los pelos a Yunque, volviéndose a la carrera a su carpeta. Yunque se puso a llorar.

–¿Qué es eso? –dijo el profesor, volviéndose a ver lo que pasaba.

Paco Fariña dijo:

–Grieve le ha tirado de los pelos, señor.

La división entre estos dos personajes halla también un momento de unidad cerrada, de comunión espiritual y de conciencia, en el que se funda un mismo sentimiento e idéntica actitud:

Paco Fariña estaba agachado. Paco Yunque también. Los dos sabían que era Humberto Grieve quien les había pegado y que era un gran mentiroso.

Nos toca por último señalar la función que desempeña el grupo, que en casi todo el relato presta apoyo a las causas defendidas por Fariña, como un gran coro que pone en tela de juicio la autoridad del profesor y recusa francamente las actitudes de Grieve, su caprichosa imaginación, su tozudez altiva:

Era una gran mentira lo que contaba Grieve. Todos los chicos exclamaban a la vez, reventando de risa:

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Miente, señor! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mentira! ¡Mentira!

Sin embargo, en los pasajes finales del cuento se produce un desplazamiento en el ánimo y opinión generales que encuentran su expresión en la propia voz del narrador. Luego de ser inscrito el nombre de Grieve en el cuadro de honor del colegio, el grupo se rinde ante lo que aparece como una evidencia incontestable y deja más solos que nunca a Paco Yunque y a Paco Fariña:

Todos los alumnos estaban pensativos y miraban a Humberto Grieve con admiración. ¡Qué rico Grieve! ¡Qué buen ejercicio había escrito! ¡Ese sí que era bueno! ¡Era el mejor alumno de todos! ¡Llegando tarde y todo! ¡Y pegándole a todos! ¡Pero ya lo estaban viendo! ¡Le había dado la mano el director! ¡Humberto Grieve, el mejor de todos los del primer año!

4.

Los escenarios del cuento se alternan entre el patio y el aula del colegio, con el agregado del imaginario evocativo de Paco

Yunque a su comunidad y a la casa de los Grieve. El contrapunto inicial colegio-campo pondrá ante Paco la evidencia de dos realidades culturales distintas:

...en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez. En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces oyó hablar hasta cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y más todavía con la acequia, cuando crecía... Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí esto del colegio era una bulla fuerte, de muchos.

Más adelante, en el recuerdo inmediato de Paco Yunque al evocar su situación en casa de los Grieve, advierte que la estructura del colegio reproduce una más compleja y trascendente, que es la de su situación actual como sirviente bajo el poder absoluto de los patrones. Omnipotencia basada en el dinero, hervidero en el que sucumben la humanidad cultural que encarna Paco Yunque y denuncia, en este cuento que pareciera sonar determinista, el avasallaje de los valores por la infraestructura económica de la sociedad:

¿A qué hora se iría a su casa? Pero el niño Humberto le iba a dar una patada, a la salida del colegio. Y la mamá de Paco Yunque le diría al niño Humberto: «No niño. No le pegue usted a Paquito. No sea usted malo». Y nada más le diría. Pero Paco tendría colorada la pierna de la patada del niño Humberto. Y Paco se pondría a llorar. Porque al niño Humberto nadie le decía nada... y Paco tenía pena porque el niño Humberto le pegaba mucho. Todos, todos, todos le tenían miedo al niño Humberto y a sus papás. Todos. Todos. Todos. El profesor también. La cocinera. Su hija. La mamá de Paco. El Venancio, con su mandil. La María que lava las bacinicas... ¡Qué cosa fea era esto del patrón y del niño Humberto!

«El vencedor»

Breve cuento que se mantuvo inédito hasta la publicación de *César Vallejo. Novelas y cuentos completos*, editado en 1967 por Francisco Moncloa Editores S.A. Ignoramos si aparece en alguna otra edición y es posible, a diferencia de «Paco Yunque», que sea un cuento apenas leído por un escasísimo público y que no ha merecido interés alguno por la crítica.

Carece de fecha de composición, aunque Georgette le atribuye a estos últimos cuentos publicados el periodo de 1933 a 1936, años en los que Vallejo intentó sin suerte colocarlos en algún medio cultural. Ciertamente que las referencias de Georgette han resultado siempre discutibles, pero es evidente —trataré de demostrarlo— que este cuento es posterior a «Paco Yunque» y una suerte de liberación interpuesta.

Reproducimos íntegramente el cuento, tal como aparece en la edición consignada.

EL VENCEDOR

Un incidente de manos en el recreo, llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela. A la puerta del plantel se hizo un tumulto. Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes: dos niños poco más o menos de la misma edad, uno de ellos descalzo y pobremente vestido. Ambos sonreían, y de la rueda surgían rutilantes diptongos, coreándolos y enfrentándolos en fragorosa rivalidad. Ellos se miraban echándose los convexos pechos, con aire de recíproco desprecio. Alguien lanzó un alerta:

—¡El profesor! ¡El profesor!

La bandada se dispersó.

—Mentira. Mentira. No viene nadie. Mentira...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores. Hubo puntapiés, llantos, risotadas.

-¡Al cerrillo! ¡Al cerrillo! ¡Hip!...¡Hip!... ¡Hip! ¡Hurra!...

Un estruendoso y confuso vocerío se produjo y la muchedumbre se puso en marcha. A la cabeza iban los dos rivales.

A lo largo de las calles y rúas, los muchachos hacían una algazara ensordecedora. Una anciana salió a la puerta de su casa y gruñó muy en cólera:

-¡Juan! ¡Juan! ¡A dónde vas, mocito! Vas a ver...

Las carcajadas redoblaron.

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

-¿Vamos quedándonos? -le dije.

-Bueno -me respondió-. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Llegamos a una pequeña explanada, al pie de un cerro de la campiña, se detuvo el tropel. Alguien estaba llorando. Los otros reían estentórcamente. Se vivaba a contrapunteo:

-¡Viva Cancio! ¡Hip!... ¡hip!... ¡hip!... ¡hurraaaaa!...

Se hizo un orden frágil. La gritería y la confusión renacieron. Pero se oyó una voz amenazadora:

-¡Al primero que hable, le rompo las narices!

-Voy a Juncos.

-Voy a Cancio.

Se hacían apuestas como en las carreras de caballos o en las peleas de gallos.

Juncos era el niño descalzo. Esperaba en guardia, encendido y jadeante. Más bien escueto y cetrino y de sabroso genio pendenciero. Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda, le descendía hasta los tobillos. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana. Reía como si le hiciesen cosquillas. Las apuestas en su favor crecían. Por Cancio, en cambio, las apuestas eran menores. Era éste un niño decente, hijo de buena familia. Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto. Tenía zapatos nuevos.

-¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!

El tropel se sumió en un silencio trágico. Leonidas tragó saliva. Cancio no se movía de su guardia, reduciéndose a parar las acometidas de Juncos. Un puñetazo en el costado derecho, esgrimido con todo el brazo contrario le hizo tambalear. Le

alentaron. Recuperó su puesto y una sombra cruzó por su semblante. Juncos, finteando, sonreía.

Cancio empezó a despertar mi simpatía. Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie. Cancio me era simpático y ahora se avivaba esa simpatía. Leonidas también estaba ahora de su parte. Leonidas estaba colorado y se movía nerviosamente, ajustando sus movimientos a los trances de la lucha. Cuando Cancio iba a caer por tierra, a una puñada del héroe contrario, Leonidas sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen peñizcón a Juncos. Yo le dije.

—Déjalo. No te metas.

—¡Y por qué le pega a Cancio! —me respondió, poniéndose aún más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

La lucha se encendió en forma huracanada. A un puntapié trazado por Juncos, a la sombra de un zurdazo simulado, respondieron los dos puños de Cancio, majando rectamente al pecho, a las clavículas, al cuello, a los hombros de su enemigo, en una lluvia de golpes contundentes. Juncos vaciló, defendiéndose con escaramuzas inútiles. Corrió sangre. De una pierna de Cancio manaba un hilo lento y rojo. La tropa lanzó murmullos de triunfo y de lástima.

—¡Bravo! ¡Bravo, Juncos!

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, Cancio!

—¡Uyuyuy! ¡Ya va a llorar! ¡Ya va a llorar!

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo!

Volaron palmas. Crujió un despecho en alto.

Cancio se enardecía visiblemente y cobró la ofensiva. De una gran puñetada, asestada con limpieza verdaderamente natural, hizo dar vuelta a la cabeza contraria, obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso, poniéndose de manos, a ciegas, contra el cerco de los suyos. Entonces sucedió una cosa truculenta. Un niño más grande que Cancio, saltó del redondel y le pegó a éste y un segundo muchacho, mayor aún que ambos, le pegó al intruso, defendiendo a Cancio. Durante algunos segundos, la confusión fue inextricable, unos defendiendo a otros y aquéllos a éstos, hasta que volvió a oírse estas palabras de alerta, que pusieron fin al caos y a los golpes:

—¡El profesor! ¡El profesor!...

Juncos estaba muy castigado y parecía que iba a doblar pico. El humilde granuja, al principio tan dueño de sí mismo, tenía el pabellón de una oreja ensangrentado y encendido, a semejanza de una cresta de gallo. Un instante miró a la multitud y sus ojos se humedecieron. Al verle, trajeado con harapos, con su sombrero de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos, que no sé cómo escapaban a las pisadas del otro, me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

Acezaban ambos en guardia.

—Pega...

—Pega nomás...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello, palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!...

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

El sol declinaba. Había pasado la hora del almuerzo y teníamos que volver directamente a la escuela. A Cancio le llevaban de los brazos. Tenía un ojo herido y el párpado muy hinchado. Sonreía tristemente. Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

El grupo de niños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una entonación adolorida. Hasta Juncos, el propio vencedor, estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza, y él parecía avergonzado. Bajó la frente y empezó a jugar con piedrecillas y briznas de hierba. Le había pegado a Cancio este Juncos...

—Vámonos —le dijo Leonidas acercándose.

Juncos no respondió. Hundió su sombrero hasta las cejas y así ocultó su rostro.

—Vámonos, Juncos.

Leonidas se inclinó a verle. Juncos estaba llorando.

—Está llorando —dijo Leonidas. Le arregló el estropeado sombrero y le asentó el pelo, por sobre la oreja, donde la sangre aparecía coagulada y renegrida.

1.

El argumento de «El vencedor» más que emparentado, pareciera haberse desprendido de «Paco Yunque» escrito años antes. «Un incidente de manos en el recreo —escribe Vallejo en sus primeras líneas—, llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela»; a partir de aquí, la historia cierra su círculo argumental y concentra su atención en los dos contrincantes «más o menos de la misma edad», enfrentados con «recíproco desprecio» y «fragorosa rivalidad»: Juncos, muy pobre y descalzo, y Cancio, hijo de buena familia y bien vestido. Ambos chicos se lfan a golpes, con la enérgica tensión narrativa que suscita una trompeadera, ganando finalmente Juncos que había «estado muy castigado y parecía que iba a doblar pico». Sin embargo, el cuento concluye mostrando a un vencedor avergonzado de su propio triunfo, cabizbajo, llorando en un «poyo del sendero».

La semejanza que corresponde ahora señalar, pues otros aspectos serán posteriormente expuestos, son los extremos de esa curva argumental (principio y fin) que sugiere haber sido desgajado de «Paco Yunque», como una posible variante para enriquecerlo en su plano connotativo. No insinuamos que Vallejo planeara modificar el cuento primero, porque aunque ambos tengan notorios puntos de contacto son indicutiblemente autónomos. Proponemos la idea de «Paco Yunque» como relato germinador, zanja, oquedad de un embrión. Recordemos que cuando Humberto Grieve somete a Paco Yunque a jugar el melo, en el recreo, obligándolo a ponerse a cuatro manos, es Paco Fariña quien sale del ruedo de curiosos y se enfrenta, virilmente, al niño Humberto. Pronto la situación deriva en un conato de mechadera entre ambos y degenera en una gresca general. El todos contra todos, el enredo de patadas y puñetes, no salva el honor individual. Esa herida en el ego de un preadolescente, y aquí adelante un juicio que desarrollaremos luego, sólo se paga al fresco y a trompadas.

No parece casual, entonces, que esta confusión violenta en el recreo y que debe interrumpirse por la campana, sin triunfador ni

perdedor, sirva de punto de partida para un arreglo de cuentas en «El vencedor». Nudo conflictual en «Paco Yunque», esencialmente social, que Vallejo maneja con destreza narrativa y sagacidad psicológica en «El vencedor». El final de la historia en ambos cuentos es idéntico y opuesto, no parecido ni distinto. Paco Yunque y Paco Fariña pierden, en el terreno fáctico, como partes de una misma unidad ante las bravuconadas e iniquidades de Humberto Grieve. Juncos gana la pelea con un feroz puñetazo pero queda solo y desmoralizado, como deshonrado de un triunfo que en su fugacidad nada altera. La victoria de Juncos aparece como una ilusión, una máscara furtiva, una imagen que disuelve el lindero con la derrota de Yunque y Fariña. El tono es amargo y su signo fatalista, que recorren la humanísima obsesión en Vallejo donde habitan sus «alarmados compañeros» con «la cólera del pobre...».

2.

Es importante revisar el punto de vista del narrador, sutil y móvil en este cuento frente al narrador avasallante, gruesamente entrometido que conduce el relato en «Paco Yunque».

Podemos establecer tres momentos narrativos secuenciales, en cuyos extremos el punto de vista proviene de un narrador evocativo, no necesariamente vivencial, que expone los sucesos con mesura y objetividad. Leamos las primeras líneas y las finales del cuento, adviértase la impersonalidad del lenguaje con respecto a los personajes y al grupo:

Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes... Ambos sonrefan ... se miraban echándose los convexos pechos...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores.

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una

entonación adolorida. Hasta Juncos... estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza...

En un tercer momento, correspondiente a los pasajes centrales del cuento, el narrador encarna a uno de los personajes que integra el grupo de chicos; es por lo tanto un narrador testigo, con sus sentimientos en juego, pero que está recordando un acontecimiento de su infancia y esta condición evocativa del relato dificulta delimitar las dos voces narrativas que hemos señalado.

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

-¿Vamos quedándonos? -le dije.

-Bueno -me respondió-. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

Estos puntos de vista, que por momentos parecen fundirse, tienen una sustantiva diferencia: el testigo narrador no oculta sus sentimientos. Tres instancias resultan sugestivas o manifiestas para reconocer las fluctuaciones que experimenta su estado afectivo y emocional: la virtual preocupación compartida con su amigo Leonidas, interlocutor íntimo, al ser interrogado: «¿Pero si le pegan a Juncos?..., virtualidad cristalizada luego en el enunciado siguiente: «Cancio empezó a despertar mi simpatía». En el momento de mayor tensión del cuento la posición del narrador es explícita y determinante para el desenlace; su complicidad sentimental nacida de la solidaridad con el muchacho modesto y de pies rajados que llega a dolerle el corazón:

Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello, palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

3.

Los personajes son básicamente cuatro. Los adversarios: Juncos y Cancio; Leonidas y el narrador testigo cuyo nombre no se indica. En torno a ellos gira el grupo de compañeros, la fugaz presencia de una anciana y la mención significativa del profesor como autoridad que puede virtualmente impedir la pelea.

El narrador, a diferencia del cuento «Paco Yunque», se refiere a todos los chicos como niños / pequeños aunque en dos oportunidades introduce dos términos nominales que tienden a definir mejor la edad de los participantes: «muchacho» y «mocito» (en voz de la anciana que increpa a uno del grupo que se dirige al lugar de la lucha). Estas sutiles referencias parecen corresponder a la conducta de ellos, que reniegan apelar a la autoridad de la estructura escolar (el maestro) y optan por un código más personal de resolución. La resistencia cuando no el rechazo a la autoridad adulta es un rasgo característico de un estadio posterior a la infancia, según la psicología evolutiva y el psicoanálisis.

A Juncos se le describe con detalle y sobre todo objetivamente: «descalzo y pobremente vestido» / «Más bien escueto y cetrino... Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana». Es el retrato de un chico muy modesto y campesino, tal vez un Fariña, a quien se le atribuyen algunas peculiaridades de carácter: «de sabroso genio pendenciero» / «humilde granuja» que contrarrestan con la descripción favorable que se hace de Cancio. De él se dice que «era un niño decente, hijo de buena familia... Tenía los zapatos nuevos.» / «Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie», pero se agrega un elemento que corresponde al sello de clase y que es notorio en la personalidad de Humberto Grieve: «Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto».

Nuevamente estaríamos frente a una situación de enfrentamiento social, de pugna entre dos representantes de clases en contienda.

El grupo mantiene su anonimato en el montón, calificado por el narrador de «tumulto» - «tropel», y reparte sus simpatías hacia uno y otro de los adversarios a lo largo de la gresca, salvo al final en que todos «lacerados» rinden su apoyo a Cancio, «prodigándole palabras fraternales».

No creemos exagerado vincular esta circunstancia con el soporte de aprecio general en que termina «Paco Yunque», luego de la culminación del fraude de Humberto Grieve.

El narrador testigo y Leonidas sienten como dos almas gemelas, aunque sus conductas son opuestas: uno reservado, introvertido y cauteloso, el otro expresivo, acalorado y moviéndose «nerviosamente, ajustándose a los trances de la lucha» y que no para mientes en actuar defendiendo a Cancio en momentos de apremio:

Leonidas, sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen pellizcón a Juncos. Yo le dije:

-Déjalo. No te metas.

-¡Y por qué le pega a Cancio! -me respondió, poniéndose aún más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

4.

El escenario es abierto, desplazándose de los extramuros del colegio donde el riesgo es inminente al «cerrillo», un lugar alejado en las laderas de un cerro de la campiña. Allí el espacio se rige no con las normas externas del colegio como en «Paco Yunque» sino con el código propio, instintivo e interiorizado de los preadolescentes.

Conclusiones

Antes de puntualizar las semejanzas y diferencias, debemos mencionar una situación idéntica reproducida en los dos cuentos, que nos ha traído súbitamente a la memoria un pequeño relato de

Bertold Brecht titulado «Si los tiburones fueran hombres», en el que el notable escritor alemán menciona a la escuela como una gran caja donde se educa a los pececillos para entregarse, con alegría, a las fauces de los peces más grandes. «La asignatura principal sería – escribe Brecht–, naturalmente, la educación moral del pececillo». Ser pábulo de los mayores es su más bello futuro y «sería delicioso para los tiburones, puesto que entonces tendrían más a menudo bocados más grandes y apetitosos que engullir». La cita viene a colación a propósito de un pasaje en cada cuento, en el que previo a la pelea entre Humberto Grieve y Paco Fariña de un lado, y Juncos y Cancio de otro, se produce una serie de furiosos empujones de parte de chicos mayores que salen en defensa de uno de ellos, con la ventaja final para Grieve y Cancio. Secuencia que grafica perfectamente la estructura de poder que empieza a regir, consecuente al mundo de los adultos, al interior del ámbito infantil.

Concluiremos recordando las diferencias entre el narrador omnipotente en «Paco Yunque» frente al narrador versátil y sutil de «El vencedor», los personajes más gruesos y de menor densidad humana en el primer cuento, los escenarios alternativos en «Paco Yunque» y el único espacio exterior en «El vencedor».

Nos resta una breve observación al lenguaje y al tono predominantes. En ambos, el lenguaje nos parece similar pero podemos distinguir en «Paco Yunque», por la naturaleza del relato, una prosa más recia y de estructura narrativa algo esquemática. «El vencedor» muestra un lenguaje más dúctil y flexible, acorde con las dificultades que exige narrar una pelea. El tono de estos dos relatos es trágico, apesadumbrado, reflexivo en «Paco Yunque» y pulsátil en «El vencedor», en los que reconocemos claramente la auténtica raigambre vallejana aunque basten un par de frases caras a su poesía: «Crujió un despecho en alto» y «obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso...».



Micheline

14 II 1977

J.P.

And through the shades of a sign
My breath through the thin
The happy summer days gone by
And vanished summer glory -
It shall not meet with bliss
of bliss
The pleasure of one fairy tale